



LITTLE STRANGER

LA TELARAÑA DEL SILENCIO

LEIGH RIVERS

SIREN  BOOKS

LITTLE
STRANGER

LITTLE STRANGER

LA TELARAÑA DEL SILENCIO

(1)

Traducción de
Andrea Carnicero Sacristán

LEIGH RIVERS

SIREN  BOOKS

Primera edición: noviembre 2025

© *Little Stranger* by Leigh Rivers, 2023

© de la traducción: Andrea Carnicero Sacristán, 2025

© de la corrección: Patricia Sevillano Mateo

© diseño de cubierta: JAB Design Studio

© imágenes de interior: Freepik

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 979-13-87864-02-6

Depósito legal: M-19346-2025

IBIC: FRD

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DE LA AUTORA

No te dejes engañar por la parte uno. Este es uno de los libros más oscuros que he escrito y contiene temas muy fuertes que pueden resultar perturbadores, así que, si lo tabú no es lo tuyo, por favor, te recomiendo encarecidamente que pares aquí y no sigas leyendo; piensa primero en tu salud mental y devuelve este libro al mismísimo infierno de donde salió.

En este libro encontrarás:

somnofilia, sexo no consentido consensuado (CNC), sexo con consentimiento dudoso, BDSM, administración de drogas, acoso, marcas durante el sexo, asfixia, sexo sobre un cuerpo moribundo, fetiche hermano-hermana (de acogida), juegos sexuales con cuchillos, con un destornillador, con sangre, con arañas, juegos sexuales de persecución, sexo sin protección, sexo anal, dolor, secuestro, mención de abuso a menores, mención de histerectomía casera.

Si estos temas no te incomodan..., Malachi Vize —mi nuevo psicópata mudo favorito— te está esperando.

*Si un extraño enmascarado te pone un destornillador
en el cuello y te dice que corras, ¿qué haces?*

The background is black with two intricate white spider webs. One web is in the top right corner, and another is in the bottom left corner, both extending towards the center. The webs are detailed, showing the spiral and radial patterns.

PARTE I

Olivia



1

SIETE AÑOS

Mamá me sujeta la mano mientras doy saltitos emocionada sobre mis brillantes bailarinas rosas. Hay mucho ruido en el aeropuerto por toda la multitud que corre apresurada de un lado a otro, ¡y muchas personas que van preparadas con sus maletas para subir a un avión enorme!

—¿Ha llegado ya? —pregunto con una enorme sonrisa, tirando de la mano de mamá y dando más saltitos.

—Todavía no, cariño —me responde, mirando de refilón a papá. No parece estar tan emocionado como ella o como yo, pero los he oído hablar esta mañana y sé que está deseando conocerlo por fin.

A mi nuevo hermano. Tiene un año más que yo, y por lo que les he escuchado comentar a escondidas, ha sufrido malos tratos, dos palabras que también usaron cuando me adoptaron.

Papá me pone una mano en la cabeza para hacer que pare de saltar.

No le gusta que haga eso. Normalmente me da un azote en el culo y me manda a mi habitación.

—Deja de moverte. ¿Prometes portarte bien, ángel?

Asiento con entusiasmo y sonrío levantando el meñique.

—Lo prometo.

No entrelaza su dedo con el mío, así que bajo la mano y hago un puchero.

Pero entonces mi mamá chilla y se inclina hacia mí.

—Cariño, ese es tu nuevo hermano. ¿Recuerdas cuando papá y yo te sacamos de ese lugar tan horrible? ¡Pues hemos hecho lo mismo con él!

Un niño camina hacia nosotros con una bolsa de plástico. ¿Dónde está su maleta? Es más alto que yo, tiene el cabello negro y rizado y los ojos azulísimos, como el color del pelo de mi muñeca favorita.

La señora que lo lleva de la mano pone los ojos en blanco, le dice «Buena suerte» a mamá sin hablar, solo moviendo los labios, y luego le da unos papeles a papá.

—Fírmelos todos. La última página es sobre su terapeuta; por favor, quédese la y escanéela una vez que haya terminado de leerla y haya aceptado que asista a cada sesión.

Papá resopla.

—¿Estás segura de esto? ¿Has tenido en cuenta su informe?

Está mirando a mamá, que lo observa con los ojos entrecerrados.

—Sí, Jamieson. Tú fuiste el primero que me enseñó su caso, así que, o sonrías, o seré yo quien hará que lo hagas.

Papá obedece.

Muevo el tul del vestido de princesa que me he puesto para sorprenderlo. Quiero que esté tan feliz como yo, pero no sonrío ni aplaude a diferencia de mí. Parece... triste. Mamá dice que la alegro cuando le hablo, así que doy un paso adelante.

—¡Hola! —Lo saludo con una enorme sonrisa—. Me llamo Olivia. ¡Tengo siete años! —Levanto siete dedos—. ¿Crees que parezco una princesa? —Señalo mi vestido.

El niño me mira fijamente y se acerca, haciendo que levante la vista hacia él. Es como el bombero que me sacó de la casa en llamas: ¡una gran torre humana andante!

¿Por qué no me dice hola? ¿No le gusta mi vestido? En lugar de hablar, ladea un poco la cabeza, observándome.

Dejo de sonreír.

—¿No te gusta mi vestido? Tiene brillos rosas a juego con las cintas de mi pelo. Mamá incluso me ha dejado ponerme un poco de

su *gloss* de labios para que los míos brillen como estrellas centelleantes.

Hace algo con las manos y yo entrecierro los ojos y luego miro a mamá. Está hablando con la señora y mi padre está escribiendo en unos papeles. Me giro hacia el niño y vuelve a hacer lo de las manos.

—¿Te ha dado miedo ir en avión? ¡Yo siempre lloro cuando va muy rápido y sale disparado hacia el cielo! Papá siempre nos hace ir en uno. ¡Ahora él también es tu papá!

Se me queda mirando, se lleva la mano a la nuca y se revuelve el cabello.

Voy a girarme de nuevo hacia mis padres y pego un grito ahogado en el momento en que el chico me coge de la muñeca, haciendo que vuelva a clavar la mirada en él. Mueve las manos otra vez y yo parpadeo.

Confundida, inclino la cabeza como él ha hecho hace un minuto, provocando que mi pelo castaño me tape los ojos.

Señala las puertas giratorias y me tiende la mano. Mamá y papá siguen hablando con la señora, así que dejo que agarre mi mano y corremos hacia las puertas. A lo mejor quiere jugar al escondite. Se me da muy bien encontrar buenos lugares para esconderme.

Suelto una risita mientras mis bailarinas chocan contra el suelo y se me alborota el pelo con el movimiento.

Cuando estaba en la otra casa, siempre jugaba con las otras niñas y los otros niños a que los chicos nos perseguían y, si nos pillaban, teníamos que ir a la cárcel. Éramos muchos. ¡Tenía un montón de amigos! Pero entonces mamá y papá vinieron, me encontraron y me llevaron a su casa.

Es muy grande, y mamá me dijo que me regalarían un perro por mi cumpleaños si me portaba bien. Será el primer cumpleaños que pase con ellos y tengo muchas ganas de recibir mi primer regalo.

—¿A dónde vamos? —le pregunto al ver que sigue tirando de mí por el aeropuerto, esquivando todo el ajeteo de personas mucho más altas que nosotros. Tropiciego y chilló al caer hacia delante, pero el

niño me atrapa y me levanta antes de que me dé con el suelo, poniéndome de pie.

Volvemos a correr y empiezo a reírme otra vez. Se detiene ante una puerta, mira a nuestro alrededor y me arrastra dentro. Jadeo e intento volver a salir cuando me doy cuenta de que estamos en un baño lleno de chicos.

Me agarra para que lo mire, vuelve a hacer algo con las manos y luego se señala a sí mismo. Al final se da cuenta de que todavía no tengo ni idea de lo que está haciendo, así que se señala la boca y sacude la cabeza, luego señala la mía y asiente.

—¿No puedes hablar?

Vuelve a negar con la cabeza y mis ojos se abren de par en par.

—No pasa nada. ¡Yo tampoco pude hablar durante mucho, mucho tiempo! Te puedo enseñar.

Pone los ojos en blanco, enfadado. ¡Qué maleducado!

Me señala de nuevo y después se lleva la mano al pecho, y hay algo que da miedo en sus ojos cuando se acerca a mí; quiero volver con nuestros padres. Pero antes de que pueda preguntarle qué está haciendo o gritar muy fuerte, papá abre la puerta de un tirón y mamá me coge en brazos.

—¡Te he dicho que no causarás problemas! —me grita papá.

Cierro los ojos y espero a que chille más, pero no lo hace.

—Y en cuanto a ti —le espeta al chico—, este es tu primer aviso, jovencito. Dos más e irás derechito a *otro* nuevo hogar. Ahora eres Malachi Vize, y los Vize no se pasan de la raya, así que vete acostumbrando.

Mis labios se curvan en una sonrisa. Yo también soy una Vize. No le tenemos miedo a nada. Excepto a las arañas, me dan mucho repelús.

El chico baja la cabeza y hace un círculo con el puño contra su pecho.

—Está diciendo que lo siente, cariño —me susurra mamá—. Se comunica mediante lengua de signos.

—¿Qué es eso? ¡Yo también quiero hacerlo!

Ella se ríe y me da un beso en la frente.

—Te enseñaré. Enseñaremos a todo el mundo en casa.

—¿Incluso a los ayudantes?

Asiente y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí. Nos aseguraremos de que los cocineros, las empleadas domésticas y los guardias de seguridad sepan hablar por señas. Malachi estará cómodo en nuestro hogar. Ahora es uno de nosotros.

Mi nueva mamá es simpática. Nunca me grita ni me asusta como papá. Siempre me trenza el pelo y me pinta las uñas y canta conmigo en el coche.

Me gusta mi mamá.

En el coche, Malachi se sienta a mi lado y me mira fijamente durante todo el trayecto. Es un poco raro y me pone un pelín nerviosa. Le sonrío de todos modos, pero él solo ladea la cabeza, como si me estuviera analizando. No aparta la vista de mi pelo. Quizá le gustan mis lazos.

Una vez llegamos a mi habitación, la que ahora compartimos, porque nuestra mamá cree que será la mejor forma de que «creemos un vínculo», se sienta en su cama frente a la mía y me observa mientras le enseño mi nueva casa de muñecas. No se ríe cuando hago un chiste, o cuando hago que mi Barbie le hable, y en el momento en que le doy una para que juegue conmigo, le arranca la cabeza y eso hace que abra mucho los ojos.

—¡No! —grito, arrebatándosela—. ¡Eso no se hace, Malachi!

Me señala de nuevo y luego se apoya una mano en el pecho.

—¿Qué significa eso? —pregunto, volviendo a ponerle la cabeza a la muñeca y escondiéndola en la casa de madera—. ¿Me puedes enseñar?

Lo único que hace es sonreír. Luego me coge un mechón de pelo y lo frota entre sus dedos.

—¿Quieres olerlo? ¡Huele a fresas!

Se lo lleva a la nariz e inhala, cerrando los ojos. Me quedo muy quieta cuando me abraza. Es un abrazo muy fuerte. Me aprieta contra

su pecho, sujetándome por la nuca, y me huele el pelo. Suelto una risita al sentir que lo acaricia con los dedos.

Se echa hacia atrás y vuelve a hacer algo con las manos, y yo cojo algunos folios y le doy un paquete de lápices de colores.

—¿Sabes escribir? Si no, también te puedo enseñar.

Veo que coge la pintura negra y escribe una palabra que no tiene sentido.

Mía.



2

ONCE AÑOS

—Y si presionas las teclas juntas, pasa esto.

El piano suena mientras mi profesora me muestra cómo tocar *Cumpleaños feliz*. Lleva dos semanas haciéndolo, le pregunté si me podía enseñar la canción para tocársela a Malachi.

Hoy cumple doce años, pero no quiere una fiesta ni pasar el día fuera con la familia. De hecho, parece triste. Mis abrazos suelen hacerle sentir mejor, o que me tumbe a su lado en la cama y veamos películas juntos, pero se lo he propuesto antes y me ha dicho que no.

Bueno, hizo la seña de «No», porque todavía no habla. Mamá dice que es selectivo: elige no hacerlo y así ha sido desde que tenía cinco años. No estoy segura de por qué; mi padre dijo que me lo explicaría cuando fuera mayor.

A veces, mientras estamos tumbados en la cama o en la tienda de campaña que montamos en el salón, intento convencerlo o engañarlo para que hable, pero eso solo hace que se enfade y me ignore durante días. Mis amigas piensan que es raro porque no habla y se ríen cuando me hace señas, aunque yo les digo que se callen.

Seguimos compartiendo habitación. Mamá quería que tuviera su propio cuarto, pero Malachi le suplicó que lo dejara quedarse. Le da miedo la oscuridad y a veces duerme a mi lado. Y me da la sensación

de que no le gusta mucho papá. El otro día, salió corriendo de su despacho con un ojo morado.

Levanto la vista del piano cuando él entra. Va vestido con una sudadera negra con capucha, la cual lleva puesta y prácticamente cubre su pelo negro rizado. Se sienta en el sofá frente al instrumento y me observa mientras termino mi lección.

Mi profesora va a hablar con mamá, algo sobre tener que reprogramar mi próxima clase, y se ponen a conversar. Las oigo hablar del cumpleaños de Malachi, de que mi padre no vendrá porque va a quedarse trabajando hasta tarde a propósito.

Mi hermano viene a sentarse a mi lado en el taburete.

«¿Me enseñas?» me dice mediante señas.

Observa mis dedos mientras le muestro lo que acabo de aprender, y sus ojos se iluminan al darse cuenta de qué melodía es.

Sonrío y me encojo de hombros.

—Feliz cumpleaños —murmuro—. Se suponía que iba a ser una sorpresa.

«Gracias», signa, y luego vuelve a hacer un gesto hacia el instrumento. «Toca».

Esta vez, meto la pata y él se ríe de mí en silencio cuando resoplo y me cruzo de brazos. Entonces empieza a pulsar las teclas que tiene delante, haciendo que suenen más agudas, y yo intento no soltar una carcajada por su pésima habilidad para tocar el piano.

—¿Te ha gustado el regalo que te he hecho? Mamá me ayudó a elegirlo.

Asiente y me besa la mejilla.

«Gracias».

Giro la cara, me señalo la otra mejilla y me da un beso. Luego indico mi frente y también me besa ahí. En el momento en que apunto a mi nariz, me besa los labios y me quedo congelada.

Me aparto y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá me dijo que no dejara que los chicos me besaran! ¡Y tú eres un chico!

«Soy tu hermano, así que tengo permiso».

—¿De verdad?

Él asiente, con los ojos brillantes. Tras observarme durante un largo segundo, se gira y presiona de nuevo las teclas del piano.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo a mi madre en la puerta, con cara de preocupación, sosteniendo la tarta de cumpleaños de Malachi, cuyas velas ya se están derritiendo.

Esa misma noche, papá llega a casa y saca a Malachi de la cama. Intento preguntarle qué le pasa, pero tan solo me grita que vuelva a dormir.

Horas más tarde, Malachi vuelve a nuestro dormitorio, temblando visiblemente. Me pide disculpas con las manos, y yo lo abrazo hasta que se queda dormido.